

ISSN: 1576-0162

LAS RELACIONES ECONÓMICAS CHINO-AFRICANAS Y SU INCIDENCIA
SOBRE EL PATRÓN DE DESARROLLO EN EL CONTINENTE AFRICANO

*THE ECONOMIC RELATIONS BETWEEN CHINA AND AFRICA AND THEIR
INFLUENCE ON THE AFRICAN DEVELOPMENT PATTERN*

Koldo Unceta Satrustegui
Universidad del País Vasco
koldo.unceta@ehu.es

Eduardo Bidaurratzaga Aurre
Universidad del País Vasco
eduardo.bidaurratzaga@ehu.es

Recibido: mayo de 2007; aceptado: diciembre de 2007

RESUMEN

Durante los últimos años, la cooperación económica y política entre China y África ha experimentado un notable impulso que se manifiesta en muy diversos ámbitos: flujos comerciales, inversiones, préstamos, AOD, etc. La importancia de estas relaciones ha quedado expresada no sólo por la magnitud de las mismas, sino también por la relevancia otorgada por las autoridades chinas en el plano político. Todo ello ha despertado el creciente interés de la comunidad académica hacia este tema, lo que se ha concretado en una cierta proliferación de estudios y análisis sobre el mismo. El presente trabajo pretende relacionar los análisis llevados a cabo sobre los flujos económicos chino-africanos con el debate sobre el posible impacto de los mismos en el patrón de desarrollo africano. Para ello se toman en cuenta también algunos aspectos que afectan directamente a dicho proceso de desarrollo, como la cuestión de los derechos humanos, o el bilateralismo que caracteriza las mencionadas relaciones y que pudiera amenazar los endebles procesos de integración que tratan de abrirse camino en el continente africano.

Palabras clave: China; África; Comercio; Inversiones; Cooperación.

ABSTRACT

In recent years, economic and political cooperation between China and Africa has increased remarkably, clearly noticeable in different fields: trade, investments, loans, aid, etc. The importance of these relations is expressed not only in their scale, but also in the relevance given to them by the Chinese authorities at the political level. The strengthening of that relationship has aroused increasing interest among academics, which is reflected in the proliferation of studies and research on this question. This article aims to link the analyses carried out on the economic flows between China and Africa with the debate about the possible impact of those flows on the development pattern of the African continent. To this end, some other factors that directly affect the development process of these countries are also taken into consideration, such as the issue of human rights, or the bilateralism that characterises those relations, which could threaten the weak integration schemes under way among African economies today.

Keywords: China; Africa; Trade; Investments; Cooperation.

Clasificación JEL: F02, O10.

1. INTRODUCCIÓN

En diciembre de 2006 se celebraba en Pekín la Cumbre China-África, calificada por el ministro de Asuntos Exteriores chino Liu Jianchao como “la convención internacional más grande que jamás se haya llevado a cabo en China”, subrayando así la gran importancia otorgada a este acontecimiento. En la reunión participaban representantes de 48 países africanos. El interés de los dirigentes chinos por estrechar su relación con los países del continente africano, realizando la misma como parte de una estrategia de cooperación provechosa para ambas partes no es nueva, y se enmarca en los múltiples esfuerzos desplegados en esa dirección durante los últimos años¹.

Apenas año y medio antes de la mencionada cumbre chino-africana, en abril de 2005, había tenido lugar el cincuenta aniversario de la Conferencia Afroasiática de Bandung, la cual significó en su momento el germen del Movimiento de los No Alineados, así como la reclamación de un orden más justo para el comercio internacional –que acabaría cuajando en la constitución de la UNCTAD– y, más en general, el inicio de lo que vino a llamarse la Cooperación Sur-Sur. En la reunión celebrada para conmemorar dicho aniversario, y en la que participaron 106 países de Asia y África, el presidente chino planteó la necesidad de una nueva asociación estratégica afroasiática, basada en la idea de “continuar con el pasado para desarrollar el futuro”, reclamando la vigencia del espíritu de Bandung adaptándolo, eso sí, a las nuevas exigencias de nuestro tiempo.

Como muchas veces ha sido señalado, Bandung representó el surgimiento de una amplia corriente crítica respecto del modelo de relaciones Norte-Sur instaurado tras la Segunda Guerra Mundial en el marco de los procesos

¹ En enero de 2006 fue presentado el conocido como “Documento sobre la Política de China hacia África”, llamado a convertirse en el eje de la nueva asociación estratégica entre ambas partes, y entre cuyos aspectos más relevantes se encuentran la defensa de la igualdad y la confianza recíproca en lo político; la búsqueda de la cooperación y el beneficio mutuo en lo económico; y la apuesta por el intercambio y la referencia mutua en lo cultural. Del mismo modo, es ciertamente significativo que el Banco Africano de Desarrollo, el tercer principal donante multilateral en África tras el Banco Mundial y el FMI, haya decidido celebrar su cumbre anual del 2007 en Shangai, como muestra de la relevancia creciente de China en el futuro del continente africano (Financial Times, 1-2-2007).

de descolonización. Tanto el patrón de relaciones comerciales –basado principalmente en el intercambio de materias primas por productos manufacturados–, como las características de algunas de las inversiones extranjeras, no respondían –se decía– a las necesidades del desarrollo de los países del Sur, sino a los intereses de los países ricos y de sus empresas. Tras la Conferencia de Bandung tuvo lugar un importante auge de las investigaciones y los trabajos teóricos sobre los procesos de desarrollo, basados en la consideración del modelo Centro-Periferia –y de las relaciones de dependencia imperantes en su seno– como el obstáculo principal a superar.

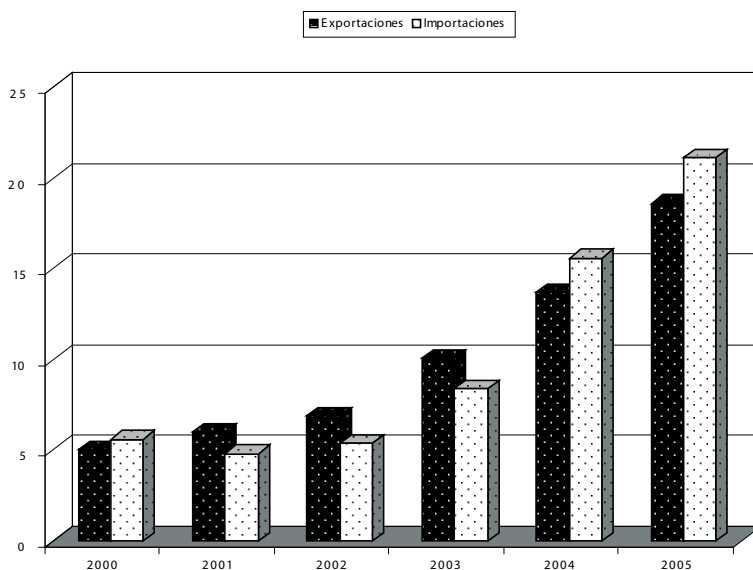
En la actualidad, cinco décadas después de Bandung, el amplio despliegue comercial y financiero realizado por China en el continente africano se reivindica por parte de los dirigentes del país asiático como continuación del espíritu que inspiró aquella conferencia. Por ello, resulta de interés analizar en qué medida la nueva pauta de relaciones entre China y los países africanos responde a una lógica distinta de aquella, o si, por el contrario, representa, más allá de la retórica, una versión actualizada del modelo Centro-Periferia, denunciado en Bandung en 1955, y posteriormente analizado y criticado por los teóricos estructuralistas y dependentistas en los años sesenta del pasado siglo.

2. LAS RELACIONES COMERCIALES ENTRE CHINA Y ÁFRICA

El comercio entre China y los países africanos no ha hecho sino aumentar a lo largo de los últimos años. Entre 1995 y 2005, dicho comercio se multiplicó por 10, pasando de 4.000 millones de dólares a más de 40.000. El gráfico 1 muestra la evolución de esta variable en el periodo 2000-05, en el que se produjo el incremento más significativo. Según los datos de la OMC (2006b), en el año 2000 el valor del comercio entre China y África fue sólo ligeramente superior a los 10.000 millones de dólares, mientras que en 2006 alcanzó los 55.500 millones de dólares, con un crecimiento anual superior al 30% por quinto año consecutivo. Con todo, esto parece ser sólo el comienzo, dado que durante la mencionada cumbre chino-africana de diciembre de ese mismo año, los dirigentes chinos plantearon como objetivo el logro de un volumen de comercio entre ambas partes de 100.000 millones de dólares para 2010.

Estas cifras adquieren un significado mayor si se las compara con las referidas a la evolución general del comercio africano con el conjunto del mundo, especialmente en lo referente a las exportaciones. Entre 2000 y 2005, las exportaciones con destino a China han pasado del 3,2% al 6,1% del total de las exportaciones africanas al conjunto del mundo, lo cual contrasta con el menor peso relativo del comercio hacia otras zonas. Así por ejemplo, las exportaciones africanas hacia Europa representaban en 2000 el 50,3% del total, mientras que en 2005 dicho porcentaje había descendido hasta el 42,9%. Por países, China es ya en la actualidad el tercer socio comercial de África, sólo por detrás de EEUU y Francia (OMC, 2006b).

GRÁFICO 1: COMERCIO DE MERCANCIAS DE ÁFRICA CON CHINA 2000-05 (MILES DE MILLONES DE DÓLARES)



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DE OMC, 2006.

La mencionada tendencia se enmarca en el creciente papel que el conjunto de Asia desempeña en la estructura del comercio africano, tanto en lo referente a las exportaciones como a las importaciones. De las cuatro regiones del mundo con las que más comercian los países africanos², Asia representa aquella para la que más han crecido las exportaciones africanas (un promedio del 20% anual durante el período 2000-05), siendo al mismo tiempo la que más ha visto crecer también sus exportaciones hacia el continente africano (un 18% anual durante el mismo período). Como consecuencia de ese crecimiento, y tomando de nuevo en cuenta las mencionadas cuatro regiones, Asia ha pasado de ser el destino del 9% de las exportaciones africanas en 1990, a representar el 27% en 2005. Y en lo que a las importaciones se refiere, las procedentes del continente asiático han pasado del 23% al 33% del total de las africanas entre 1990 y 2005 (Broadman, 2006; IMF, 2005).

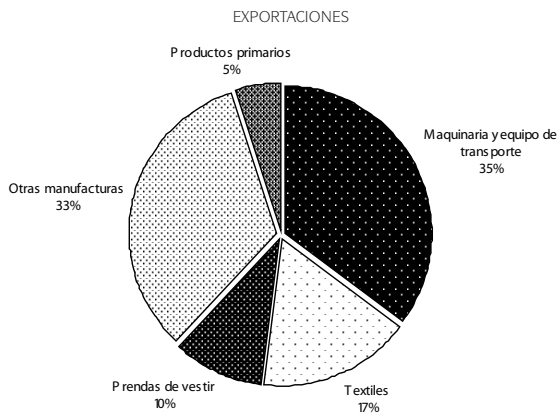
Todo ello se enmarca a su vez en la tendencia al alza del valor del comercio africano con el resto del mundo, principalmente de sus exportaciones, que pasaron de menos de 120.000 millones de dólares en 1995, a casi 300.000 en 2005 (OMC, 2006b). Sin embargo, dicha tendencia debe ser matizada

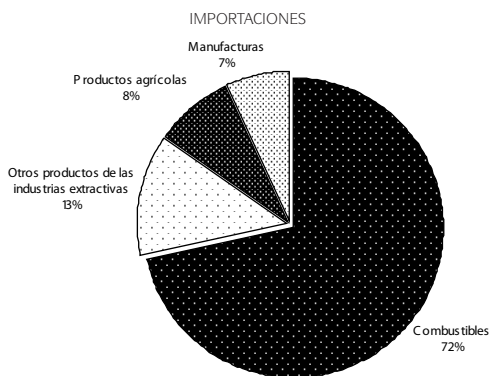
² EEUU, la Unión Europea, Asia, y el propio continente africano representan en total casi el 90% de las exportaciones de los países de la región.

señalando que durante los últimos años, una buena parte del incremento del valor de las exportaciones africanas de mercancías (casi un 30% en 2005) ha estado relacionado con las variaciones registradas en los precios de algunos de los principales productos de exportación. Teniendo en cuenta dichas variaciones, la OMC calcula que las exportaciones africanas de mercancías crecieron en términos reales algo menos del promedio mundial registrado ese año, que fue del 6% (OMC, 2006b). Al contrario, las importaciones realizadas por los países africanos en 2005, en dólares, aumentaron sensiblemente menos que sus exportaciones aunque, en realidad, como consecuencia de las variaciones en los precios, las importaciones, en volumen, crecieron más que las exportaciones. Estas consideraciones son importantes de cara a los temas que se plantean a continuación relativos a la composición de los intercambios entre China y los países africanos.

En efecto, el análisis de la estructura y composición por productos de los intercambios comerciales de África con el resto del mundo resulta de la máxima importancia para entender los resultados obtenidos por las exportaciones de algunos productos y ciertos países. Como resalta la OMC (2006a), ello se pone especialmente de relieve cuando se distingue entre los países africanos exportadores de petróleo y los que exportan otro tipo de productos. Así por ejemplo, las exportaciones de mercancías de Sudáfrica y de los países del continente que no exportan petróleo crecieron en 2005 en torno al 12% por ciento, cifra similar a la del crecimiento del comercio mundial de mercancías. Por el contrario, las exportaciones de los países africanos productores de petróleo fueron más dinámicas, aumentando en un 45%, cifra que refleja la combinación de un mayor volumen de exportación y unos mayores precios de esos productos. Estos países tuvieron un superávit comercial (f.o.b.-c.i.f.) superior a 100.000 millones de dólares, en tanto los países africanos importadores de petróleo registraron un déficit de 40.000 millones de dólares en 2005.

GRÁFICO 2: COMPOSICIÓN DEL COMERCIO DE CHINA CON ÁFRICA, 2005 (% POR GRUPOS DE PRODUCTOS)





FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A DATOS DE OMC (2006).

Tal y como se observa en el gráfico 2, la importancia de las exportaciones africanas de materias primas –y especialmente de petróleo– en el conjunto de las exportaciones del continente, adquiere una relevancia especial si analizamos por separado el caso de China. Así, las exportaciones de materias primas representan más del 90% de las realizadas al país asiático desde África, y sólo los combustibles suponen más del 70% de dichas exportaciones. Por el contrario, las importaciones africanas provenientes de China son, en su inmensa mayoría, productos manufacturados (95% del total), destacando la maquinaria, los equipos de transporte, o los textiles y prendas de vestir, entre otros (OMC, 2006b). Asimismo, debe subrayarse que, pese a ser el fuerte incremento de las exportaciones africanas hacia China el hecho que está siendo más enfatizado por la literatura sobre el tema, la balanza comercial para el conjunto del continente africano, al igual que en las dos últimas décadas, sigue siendo deficitaria en la actualidad.

El patrón de las exportaciones africanas hacia China está muy vinculado con uno de los temas más característicos del actual panorama económico mundial, cual es el fuerte incremento de la demanda de materias primas –y especialmente de petróleo– derivado del intenso crecimiento económico registrado por el gigante asiático durante los últimos años. China es ya en la actualidad, tras EEUU, la segunda economía del mundo que más petróleo consume (alrededor de un 15% del consumo mundial) y la demanda generada en el país ha ido creciendo durante los últimos años a un ritmo muy superior al de la media mundial, llegando dicho crecimiento a suponer en el año 2000 más del 60% del incremento mundial respecto al año anterior³.

³ Una parte significativa del aumento en la demanda mundial de petróleo tiene que ver con China. Así por ejemplo, en 2000 la demanda mundial de petróleo aumentó en 904 millones de barriles/día respecto del año anterior, de los cuales 568 (es decir, el 62,8%) correspondieron a China. Tras la menor demanda registrada en 2001, esos porcentajes fueron del 43,9%, 33,0%, y 36,2% en 2002, 2003, y 2004 respectivamente (Bustelo, 2005).

El consumo de petróleo de la economía china superó en 2005 los 8 millones de barriles diarios, mientras la producción generada en el país fue de 3,6 barriles diarios, generándose así un déficit que se reproduce también para el caso de otras materias primas, como el aluminio, el cobre, o el níquel. Las perspectivas de futuro dibujan un panorama en el que estas tendencias van a ir agudizándose, aumentando el énfasis por parte del gobierno de Beijing por consolidar un modelo que le garantice un mayor grado de seguridad energética⁴. Por otra parte, el creciente aumento de las necesidades de petróleo por parte de China coincide con la cada vez mayor importancia de África como región productora de dicha materia prima. Entre 1990 y 2005 la producción africana de petróleo aumentó de 6,5 millones de barriles diarios a 9,3 millones, lo que representó pasar de una cuota del 9,9% de la producción mundial a otra del 11,2% (UNCTAD, 2006b).

En este contexto, África representa una gran oportunidad para poder asegurar los suministros demandados por el fuerte crecimiento económico de China, si bien el interés hacia los recursos del continente africano se ha acrecentado también por parte de otros países y regiones del mundo, en particular los EEUU y Europa. En los últimos años, más del 25% de las importaciones de petróleo crudo realizadas por China provinieron del continente africano, lo que da una idea de la creciente importancia adquirida por la región —y muy especialmente por algunos países como Angola⁵, Sudan, Congo, Guinea Ecuatorial, o Nigeria— como suministradora de petróleo al país asiático. Tal y como se presenta en el gráfico 3, entre 2000 y 2005, estos cinco últimos países han sido el origen de más del 95% de las importaciones de petróleo africanas por parte de China, concentrando en 2005 cerca de dos terceras parte del total en Sudán y Angola (Broadman, 2006).

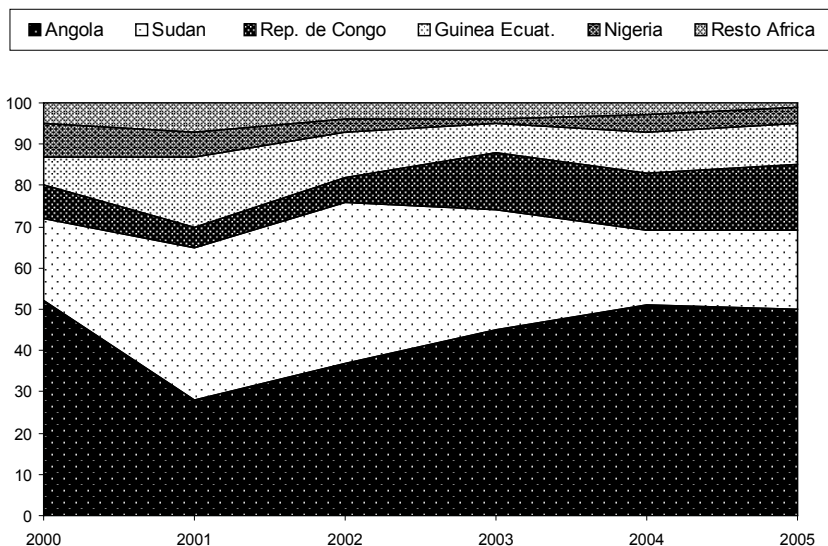
El resultado de todo lo señalado es la existencia de una fuerte vinculación entre el incremento experimentado por las exportaciones africanas hacia China en general y las relacionadas con el petróleo en particular. Ello se enmarca en una fuerte dependencia de las exportaciones africanas respecto de este sector, lo que contrasta con la mayor diversificación observada en las exportaciones de otras regiones del mundo. En efecto, mientras América Latina, Asia, o incluso Oriente Medio, han visto incrementarse en diversa medida sus exportaciones no petrolíferas en relación al PIB (en el caso de Asia Oriental las mismas pasaron de representar el 25% del PIB en 1983

⁴ La clave de esta nueva estrategia de largo plazo no consiste tan sólo en asegurar el suministro de materias primas del sector extractivo, y petróleo muy en particular, sino también en hacerlo en origen, evitando los mecanismos habituales de establecimiento de precios en los mercados internacionales, y negociando directamente otros más ventajosos con los gobiernos africanos correspondientes (Naidu y Davies, 2006).

⁵ En 2005 Angola se convirtió en el primer suministrador de crudo a China, superando a Arabia Saudita. En ese mismo año, China pasó a ser el segundo importador de crudo africano, justo por detrás de EE UU.

al 45% en 2005), África Subsahariana vio como dicha proporción disminuía levemente entre esos mismos años⁶.

GRÁFICO 3: PORCENTAJE DE LAS IMPORTACIONES CHINAS DE PETRÓLEO DESDE ÁFRICA SEGÚN PAÍS DE ORIGEN)



FUENTE: BROADMAN, 2006

El sector exterior de la economía de algunos países africanos se ha visto también afectado en sus relaciones con China por el efecto del turismo, que ha experimentado ya un fuerte crecimiento en los últimos años, gracias a la promoción de las autoridades chinas y al crecimiento de los niveles de renta per cápita en este país, y que podría resultar un sector de elevado potencial en el futuro próximo para el continente africano. Otro tanto cabría decir en lo referente al aumento de las exportaciones africanas de productos agrícolas (soja, entre otros) hacia una economía china cada vez más importadora de alimentos, tanto para consumo humano como animal. Todo ello puede llegar a tener efectos positivos no sólo sobre la oferta de bienes primarios agrícolas, sino también sobre el procesamiento y manufactura de algunos productos en diversos países africanos (Kaplinsky et ál., 2006).

⁶ Representativos de esta ausencia de diversificación en las exportaciones hacia China son casos como el de Angola, donde el 100% de dichas exportaciones corresponde a petróleo, o Sudán (98.8%), Nigeria (88.9%) y Congo (85.9%) en este mismo sector, o la República Democrática del Congo, concentrando el 99.6% de sus exportaciones hacia el gigante asiático en el sector de la extracción de metales (Kaplinsky et ál., 2006; Goldstein et ál., 2006).

Por su parte, como ya se ha señalado, el patrón de las importaciones africanas procedentes de China muestra la gran relevancia que en las mismas representan las manufacturas. Dentro de éstas, destaca la mayor presencia de sectores como la maquinaria y equipos de transporte pero resulta también llamativa la importancia de las importaciones relacionadas con el textil y las prendas de vestir ya que entre estos dos sectores suman un porcentaje cercano al 30% del conjunto de las importaciones africanas provenientes de China.

La composición de las importaciones africanas de productos procedentes de China plantea una importante cuestión relacionada con el incipiente desarrollo industrial de algunos países africanos basada en sectores como el textil y las prendas de vestir, y la manera en que el mismo puede verse afectado por dichas importaciones. Todo ello adquiere además gran relevancia en un momento como el actual tras haber expirado, en 2005, el Acuerdo Multifibras, que había limitado durante más de un cuarto de siglo, mediante un sistema de cuotas, la exportación de estos productos desde los competitivos productores asiáticos a los mercados de los países más industrializados.

Es difícil adivinar las consecuencias que este último asunto puede llegar a tener, pero lo cierto es que diversos países africanos, como Lesoto, Suazilandia, Kenia, Sudáfrica o Mauricio, entre otros, han sufrido ya las consecuencias de la dura competencia china, una amenaza demasiado fuerte para los esfuerzos de industrialización del continente africano y la escasa capacidad de sus gobiernos para proteger su industria local de la brutal competencia de los productos chinos. Muchos trabajadores han perdido su empleo y otros han pasado a tener contratos más temporales y precarios.

En Kenia, según la OIT (2005), desaparecieron, en 2005, 6.000 de los 39.000 puestos de trabajo en el sector de los textiles y el vestido. En ese mismo año las exportaciones a Estados Unidos de textiles y vestidos contempladas en el marco de AGOA⁷ (*African Growth Opportunity Act*), cayeron un 17 por ciento respecto de las de 2004, correspondiendo el descenso más fuerte a Sudáfrica (45%), seguida de Lesoto (17%), Madagascar (14%) y Suazilandia (10%) (Kaplinsky et ál., 2006).

Además de lo ya señalado, es preciso tener en cuenta también el papel desempeñado por Sudáfrica, como exportador de una amplia gama de productos manufacturados hacia otros países del continente. Para este país, el patrón de las importaciones africanas de productos chinos representa una potencial amenaza para sus aspiraciones dentro de la región. De hecho, desde la reintegración de la Sudáfrica post-apartheid en la comunidad internacional, la balanza comercial con China ha sido siempre deficitaria, fenómeno que viene incrementándose en los últimos años, lo que empieza a traducirse

⁷ AGOA ejemplifica igualmente este enfoque de la cooperación. AGOA fue promulgada por Clinton en 2000 y reforzada en 2002 por Bush. AGOA supone el acceso preferencial de numerosas exportaciones africanas al mercado de EEUU a cambio de medidas efectivas de apertura comercial y de desregulación para las inversiones extranjeras, en particular las procedentes de EEUU (<http://www.agoa.gov>).

en la propagación de diferentes expresiones chinóforas y de nacionalismo económico⁸, por parte diversos grupos de productores locales o de la fuerte confederación de sindicatos sudafricanos COSATU (Oya, 2007; Naidú, 2005). Sin duda, la posición de Sudáfrica como economía más industrializada y diversificada del continente -y potencial motor económico de la región- obliga a considerar el caso de este país de manera algo diferente a la hora de analizar las repercusiones futuras de las actuales relaciones comerciales chino-africanas.

3. LAS INVERSIONES CHINAS EN ÁFRICA

Pese al incremento experimentado en los últimos años por los flujos de inversión extranjera en África –que alcanzó en 2005 una cifra record de 31.000 millones de dólares, con un aumento del 78% respecto del año anterior–, el continente africano continúa absorbiendo una parte muy pequeña, en torno al 3%, de la IED mundial. La mayor parte de las inversiones extranjeras en África provienen de un reducido número de países. En el caso de África Subsahariana, casi el 90% de la IED proviene de Europa y Norteamérica (UNCTAD, 2006a).

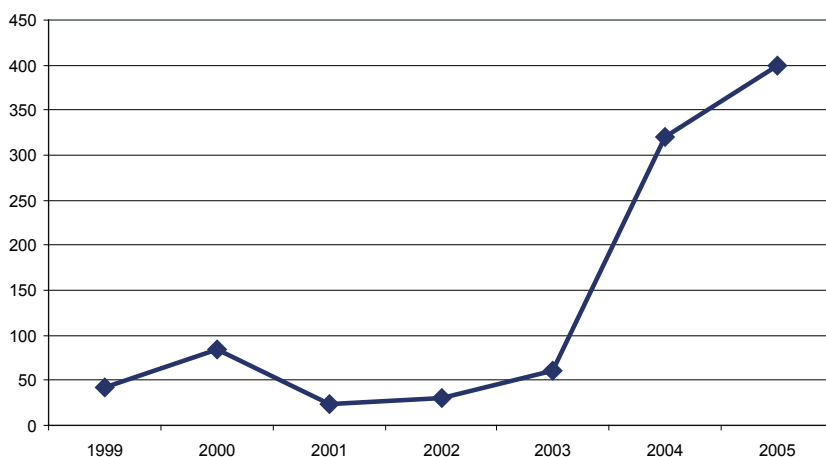
Sin embargo, durante los últimos años ha ido incrementándose la presencia de las inversiones procedentes de Asia, dentro de las cuales se incluyen las crecientes inversiones chinas en el continente. Estas tendencias se corresponden con lo que es la tónica general del comportamiento de las corrientes de IED en el mundo ya que la mayor parte de las mismas provienen de los países considerados como desarrollados.

No obstante, resulta de interés observar las pautas seguidas por las corrientes de IED que tienen origen y destino en países en desarrollo, pese a que las mismas representan una parte pequeña de las corrientes de la IED mundial. Según este criterio, la mayor parte de la IED procedente de los países en desarrollo es de carácter intrarregional, es decir que tiene origen y destino en la propia región (África, Asia, o América Latina). Ahora bien, si consideramos únicamente los flujos entre diferentes regiones, se observa que los más importantes corresponden a los existentes entre Asia y África. La UNCTAD señala a este respecto que el promedio de las corrientes de inversión, entre 2002 y 2004, desde América Latina hacia Asia y África fue de 750 y 16 millones de dólares respectivamente; el correspondiente a las corrientes procedentes de África con destino hacia América Latina y Asia fue de 21 y 702 millones de dólares respectivamente; mientras que las corrientes provenientes de Asia hacia América Latina y África representaron, como promedio 403 y 1201 millones de dólares respectivamente (UNCTAD, 2006a).

⁸ La gran popularidad adquirida por el candidato opositor al presidente de Zambia en las últimas elecciones presidenciales del 2006, enarbolando un discurso claramente chinóforo, fue representativa también de esta reacción por parte de diferentes sectores de algunas sociedades africanas ante el reciente impulso de las relaciones económicas chinas en el continente.

Desde el punto de vista de las inversiones realizadas por China en el extranjero, África absorbe, como destino, una parte relativamente pequeña de las mismas. Tanto el flujo de salida como el stock acumulado de IED china en el continente africano en el año 2005 representaban tan sólo el 3% del total mundial. Sin embargo, desde la perspectiva africana, el significado de las inversiones procedentes de China es mayor, ya que su valor –más de 6.200 millones de dólares- representó, en 2005, más del 10% del total recibido por el continente. En cuanto a países en concreto, si bien sólo unos pocos figuran entre los principales receptores de IED china a nivel mundial, Sudán, Argelia y Zambia se encuentran en los puestos 9º, 18º y 19º respectivamente (UNCTAD/UNDP, 2007). Con todo, lo más importante es la tendencia observada, según la cual, las inversiones chinas en el continente africano no han hecho sino crecer en los últimos años, como se observa en el gráfico 4. Un estudio realizado sobre 150 empresas chinas que operan en el extranjero, concluía que África era, después de Asia, el segundo destino más importante de sus recientes proyectos de inversión en el exterior⁹.

GRÁFICO 4: FLUJOS DE INVERSIÓN EXTRANJERA DE CHINA, 1999-2005 (MILLONES DE DÓLARES)



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA A BASE DE DATOS DE UNCTAD/UNDP, 2007.

En este contexto, un asunto a reseñar a la hora de analizar la dinámica de las inversiones chinas en el continente es la distinta naturaleza de las mismas a gran escala, en comparación con las de los inversores tradicionales en la región (europeos, norteamericanos y japoneses), operando éstos últimos

⁹ World Bank/MIGA, citado por Broadman (2006)

sobre la base de transnacionales de capital privado y con una perspectiva maximizadora de beneficios a corto plazo. Por el contrario, la IED china en África obedece mayoritariamente al patrón de empresas de capital público con una perspectiva más estratégica y de largo plazo, en términos de acceso a recursos energéticos y minerales, aunque con una menor rentabilidad inmediata, o un mayor componente de riesgo respecto al que los inversores tradicionales en el continente han estado dispuestos a asumir¹⁰. Ello vendría a configurar un atractivo terreno de juego para las inversiones chinas que, menos preocupadas por el corto plazo y con acceso a capital de bajo coste, encontrarían un entorno de menor competencia que el existente en otras partes del mundo.

La orientación geográfica de estos flujos de inversión sigue, en cierta medida, la pauta general de la inversión extranjera en África. Según los datos de la UNCTAD (2006a), los países que absorbieron la mayor parte de la inversión extranjera durante el período 2003-2005 fueron Sudáfrica, Angola, Nigeria, Guinea Ecuatorial, Marruecos, Sudan, Egipto, y la República Democrática del Congo. En el año 2005, estos ocho países representaron más del 70% el stock de IED en África, mientras en 1990 ese porcentaje fue del 56%. Esta última consideración afecta a la creciente concentración de la mayor parte de la inversión extranjera en un reducido número de países africanos.

Los países citados coinciden, en buena medida, con los principales destinatarios de las inversiones chinas en África, pues si bien éstas afectan a un número cada vez mayor de países del continente, en los últimos años se han concentrado principalmente en Angola, Nigeria, o Sudán¹¹. Como puede observarse, se trata de países productores de petróleo cuya importancia en el suministro de crudo a China es creciente. Ello pone sobre la mesa la creciente complementariedad de las inversiones chinas en África con las tendencias observadas en la propia estructura del comercio¹². Sin embargo, ello no significa que dichas inversiones queden reducidas al sector extractivo, ya que, aunque en menor medida estos flujos de capital se orientan también a otros sectores. De hecho, los más de 6.000 millones de dólares de inversiones chinas en África en 2005 afectaron también a proyectos en otros ámbitos diferentes como la agricultura, las telecomunicaciones¹³, o el procesamiento de algunas materias primas, distribuidos en 49 países del continente.

¹⁰ Tampoco habría que olvidar que el gobierno chino ofrece a su vez subsidios y préstamos blandos a empresas de capital chino para facilitar que éstas puedan entrar en sectores y países estratégicos con un planteamiento más flexible en términos de coste-beneficio (Corkin, 2006).

¹¹ La fuerte participación de las principales empresas petrolíferas chinas en varios países del continente así lo evidencia. Este es el caso de CNPC (Chinese National Petroleum Corporation) en países como Sudán y Nigeria, de SINOPEC (China Petroleum and Chemical Corporation) en Sudán, Gabón y Angola, o de China Nacional Offshore Oil Corporation (CNOOC) en Nigeria y Guinea Ecuatorial (UNCTAD/UNDP, 2007; Kaplinsky et ál., 2006; Jiang, 2006; Naidu y Davies, 2006; Alden, 2005).

¹² Previamente al *boom* de los últimos años, a finales de los 90 la mayor parte de los flujos de IED china en el continente iban orientados al sector manufacturero de Sudáfrica o al de la minería del cobre en Zambia.

¹³ En el ámbito de las telecomunicaciones destacan empresas como la pública Zhong Xing Telecommunication Equipments Company Limited (ZTE) operando en países como Angola, Zambia y Níger, o la privada Huawei Technologies en Nigeria y Tanzania (Corkin, 2006; Alden y Davies, 2006).

Un aspecto de interés relacionado con las inversiones chinas en otros sectores es el relativo a la industria textil. Como es sabido, diversos países del continente africano, como Lesoto, Kenia, Mauricio, Suazilandia, o Uganda, habían comenzado a percibir en los últimos años crecientes cantidades de inversión extranjera, de diversa procedencia, para su industria textil y del vestido. Sin embargo, esta tendencia quedó alterada tras la conclusión, en 2005, de la vigencia del Acuerdo Multifibras, asunto al que nos hemos referido con anterioridad. De hecho, algunas empresas transnacionales (ETN) de la industria textil se retiraron de África como consecuencia del vencimiento del AMF, que significó la reducción de las ventajas derivadas de las cuotas de los países africanos. Este es el caso de la dinámica de deslocalización producida en los últimos años en países como Lesoto y Swazilandia, con importantes repercusiones en términos de pérdida de empleo en el sector. En este sentido, y por lo que a China respecta, en Mauricio se produjo una contracción del 30% en el volumen de prendas de vestir fabricadas en 2005 como consecuencia de la salida de diversas empresas de Hong Kong de propiedad china (UNCTAD, 2006a).

Estos y otros aspectos han comenzado a generar diversas controversias sobre el impacto real del modelo de relaciones desplegado por las autoridades chinas en África que, más allá de la retórica a favor de un modelo de desarrollo Sur-Sur, donde supuestamente todas las partes ganan (modelo “win-win”), pone de manifiesto la aparición de diversos daños colaterales sobre algunas economías africanas que evocan la “repetición de una vieja historia” (Melber, 2007; Jiang, 2006; Servant, 2005).

Por lo que se refiere a los sectores de la construcción y de las infraestructuras, se ha producido asimismo un notable incremento de la presencia de las empresas chinas en el continente¹⁴. Ello se explica, en buena medida, por su elevada competitividad (con precios entre un 25% y un 50% más baratos que otros competidores extranjeros), y la incorporación, en muchas ocasiones, de mano de obra y materiales traídos de su propio país. Esto último, sin embargo, constituye una limitación de cara a los efectos positivos que pudieran derivarse de dichas inversiones, por la vía de la generación de empleo, del aumento de las rentas salariales, o de posibles *efectos de arrastre* sobre otros ámbitos de la economía local. En este sentido, es preocupante la falta de marcos de regulación institucionales o de capacidad por parte de los gobiernos para promocionar un tipo de IED que juegue a favor del desarrollo de las economías receptoras en ámbitos como el de desarrollo de capacidades locales o la transferencia de tecnología, entre otras (Corkin, 2006).

¹⁴ Es el caso de China Road and Bridge Corporation (CRBC), que participó en unos 500 proyectos de construcción en el año 2004 en diversos países del continente (palacios presidenciales y edificios gubernamentales, embalses, carreteras, líneas de ferrocarril...). Las inversiones en materia de infraestructuras de transporte y comunicación (carreteras, ferrocarriles, puertos...) han estado con frecuencia directamente vinculadas a proyectos energéticos, como en el paradigmático caso de Angola (Corkin, 2006; Naidu y Davies, 2006; Alden y Davies, 2006).

Dentro de este apartado relativo a la IED, cabe señalarse también que el incremento de las inversiones chinas en África ha dado lugar a un nuevo nexo entre ayuda e inversión, que a veces dificulta el análisis y la cuantificación de una y otra a la hora de distinguir entre los datos correspondientes a flujos de IED china y de ayuda oficial por parte del gobierno de Beijing o de los relativos a las licitaciones competitivas para la obtención de contratos por parte de empresas procedentes de este país.

El apoyo a las inversiones chinas en el continente africano a través de la AOD se ha plasmado, tras los acuerdos de la cumbre chino-africana de 2006, en cuestiones tales como el ofrecimiento de préstamos preferenciales¹⁵ de 3.000 millones de dólares y créditos de exportación de 2.000 millones de dólares entre 2007 y 2009, o la previsión de crear un fondo especial de 5.000 millones de dólares para estimular la inversión China en África.

Por otra parte, la compleja relación entre inversiones y AOD¹⁶ se expresa también en los cientos de proyectos llevados a cabo a través del FOCAC (Foro de Cooperación China-África) en 42 países africanos, orientados a asuntos tan diversos como la construcción de carreteras, escuelas, hospitales o estadios e incluyendo, además, asistencia humanitaria en algunas regiones.

4. LA COOPERACIÓN POLÍTICA Y LA CUESTIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS

La creciente presencia de China en África, derivada en gran parte de unos intereses económicos y una estrategia de seguridad energética que las autoridades chinas no se esfuerzan en esconder, plantea a su vez indudables retos en el marco de la cooperación política. De este modo, el pragmatismo demostrado por el gobierno chino a la hora de mantener relaciones preferenciales con gobiernos como los de Angola, Sudán, Chad o Zimbabue, ha puesto sobre la mesa el candente debate sobre las implicaciones que todo ello puede ocasionar en el ámbito de las políticas de cooperación de los principales donantes, las cuales desde la última década venían teóricamente condicionadas por los progresos en materia de democratización, respeto de los derechos humanos, transparencia en el uso de recursos públicos, buen gobierno, etc.

Como no podría ser de otra forma, dada su propia situación a este respecto, y más allá de la previsible condicionalidad vinculada al no reconocimiento

¹⁵ La emergencia de China como prestamista alternativo a los tradicionales para África ha provocado la desconfianza del FMI, que alerta del peligro de una creciente *deuda oculta* (Financial Times, 8-12-2006). Algunos autores señalan incluso que la escasa transparencia por parte de las autoridades chinas a la hora de ofrecer información oficial al respecto plantea graves problemas para valorar hasta qué punto la creciente financiación proveniente de China supone una amenaza real o potencial para la sostenibilidad de la deuda de los países africanos (Davies, 2007).

¹⁶ Conviene recordar que la ausencia de información estadística oficial en cuanto a los flujos de ayuda desde China a los países africanos, obligando con frecuencia a trabajar con información periodística y datos presentados en discursos oficiales, supone una fuerte limitación para analizar con rigor la magnitud y posible impacto de la ayuda al desarrollo de Beijing, mayormente bilateral.

y ausencia de relaciones diplomáticas con Taiwán, las autoridades chinas pretenden construir sus relaciones con los países africanos sobre la base de criterios muy diferentes a los de los países occidentales. Es decir, no se limitan a obviar los criterios forjados en los últimos tiempos por la comunidad donante en lo referente a la condicionalidad política, sino que, de forma coherente con lo que en las últimas décadas reivindican para su propio caso, exhiben la bandera de la no-ingerencia en los asuntos propios de los países africanos, tanto en lo que respecta a modelos económicos como, especialmente, a los aspectos de carácter político¹⁷.

Este nuevo marco de relaciones es observado con preocupación por parte de los principales donantes internacionales en el continente africano, entendiéndose que genera un fuerte efecto distorsionador sobre sus políticas, basadas en los últimos tiempos en el “necesario recurso” a la condicionalidad política. Desde esa perspectiva, se interpreta que los avances producidos en este terreno, tanto de forma individual por parte de diferentes gobiernos africanos, como también a nivel continental –en el marco de la conversión en Unión Africana (UA) de la antigua Organización para la Unidad Africana (OUA), o del lanzamiento del NEPAD (*New Partnership for African Development*), y del PRM (*Peer Review Mechanism*) como novedoso instrumento de revisión mutua respecto a las libertades civiles y los derechos humanos–, pueden estar en peligro. Todo ello podría así traducirse en un grave retroceso respecto de lo planteado en los últimos años, y en la posibilidad de que se vuelva a abrir una puerta supuestamente ya cerrada, una vez superada la fase de confrontación bipolar del periodo de Guerra Fría: la de la falta de escrúpulos de las superpotencias mundiales apoyando a unos u otros gobiernos con independencia de su falta de respeto a los derechos humanos y las libertades democráticas, o la de la política de no-ingerencia de los propios gobiernos africanos en el marco de la extinta OUA.

Con todo, no acaba de estar tan claro en qué sentido puede valorarse positivamente o considerarse exitosa la estrategia de condicionalidad de segunda generación implementada por la comunidad donante hasta el momento, estrategia por otra parte no excesivamente coherente¹⁸, si nos

¹⁷ Es interesante comprobar la manera en que los dirigentes chinos contemplan la cuestión. A este respecto, el Consejero de Estado e la R.P. China Tang Jiaxuan, con motivo del 50 aniversario del inicio de relaciones diplomáticas entre China y los países africanos, el 12 de enero de 2006 decía lo siguiente: “No olvidaremos nunca las contribuciones importantes de los países africanos de impulsar la restauración del puesto legítimo que le corresponde a la República Popular China en las Naciones Unidas, ni olvidaremos el enérgico apoyo de los países africanos a China en frustrar en 11 ocasiones mociones anti-China en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos”.

¹⁸ En este sentido, habría que tener en consideración también que algunas de las críticas a la reciente incursión de las empresas chinas en África son realizadas por diversos actores tradicionales, públicos y privados, de los países occidentales que ven ahora que por primera vez en mucho tiempo que su influencia y dominio en el continente empiezan a tambalearse ante la competencia que conjuntamente forman el gobierno chino y sus empresas transnacionales. No obstante, es preciso plantearse a este respecto hasta qué punto las prácticas de estas empresas en África son sustancialmente distintas o claramente más reprobables que las de sus contrapartes occidentales en el pasado o en la actualidad (Alden y Davies, 2006).

atenemos al tratamiento otorgado a unos y otros países en desarrollo afectados, o a las propias prácticas en materia de gobernanza o respeto de los derechos humanos por parte de los propios donantes, como es el caso de algunos miembros del G-8. Asimismo, tampoco existe a día de hoy clara evidencia de que la rápida incursión por parte de Beijing en el continente, sobre la base de no inmiscuirse en los asuntos políticos internos de los gobiernos africanos, se esté traduciendo en el deterioro de muy diferentes aspectos relacionados con la gobernanza en estos países (Oya, 2007).

Sin embargo, si es claro que gobiernos como los de Angola, Sudán o Zimbabue, que entrarían en la categoría de lo que podríamos denominar "estados frágiles" parecen haber tomado un respiro gracias al balón de oxígeno de sus nuevas relaciones privilegiadas con China, ante la situación de bloqueo y aislamiento internacional a que se enfrentaban en los últimos tiempos por parte del grueso de la comunidad donante (Davies, 2007; Kaplinsky et ál., 2006; Naidu y Davies, 2006). Pero más allá de esa ruptura con la situación de aislamiento relativo a que estos países se enfrentaban, otro elemento de preocupación que se constata es la venta a los mismos de abundante material militar durante los últimos años (Taylor, 2007; Rios, 2006; Servant, 2005).

Finalmente, tampoco debe menospreciarse el hecho de que este nuevo marco de relaciones haya sido bienvenido por un gran número de gobiernos africanos, como consecuencia de la renuncia explícita por parte del gobierno chino a imponer modelo alguno, económico ni político. En este sentido, es destacable el hecho de que la retórica anticolonialista y el discurso del beneficio mutuo de Beijing parece gozar de cierta credibilidad para muchos representantes gubernamentales africanos (Taylor, 2007, 2006; Alden, 2005). Hasta qué punto todo ello puede jugar a favor o en detrimento de las condiciones de vida materiales de la población en los países africanos, o de una concepción amplia del desarrollo humano en los mismos, es algo sobre lo que habría que preguntarse igualmente en el caso del modelo chino de desarrollo¹⁹.

5. BILATERALISMO VS. MULTILATERALISMO EN LAS RELACIONES ECONÓMICAS ENTRE CHINA Y LOS PAÍSES AFRICANOS

Pese a que las grandes cumbres celebradas recientemente y el grueso del discurso oficial de las autoridades de Beijing den a entender que se abre ahora un nuevo marco de relaciones con el conjunto del continente africano, retomando la lógica de la cooperación Sur-Sur de hace varias décadas, la práctica real sobre el terreno parece estar apuntando en otra dirección.

¹⁹ En este sentido, algunos hechos acaecidos en los últimos años, como los disturbios de Zambia –consecuencia de las duras condiciones laborales impuestas por las empresas chinas en las minas de cobre–, dan cuenta de un modelo de desarrollo caracterizado por elevados niveles de explotación laboral y bajos salarios (Alden y Davies, 2006).

Esta conduciría más bien hacia unas relaciones básicamente bilaterales entre el gobierno chino y los de diversos países africanos en los que China tiene intereses comerciales e inversores, fundamentalmente vinculados a la energía, los recursos naturales y el sector de las infraestructuras.

En este sentido, esta dinámica contrasta significativamente con la forma en la que las diferentes potencias occidentales están estableciendo su marco de relaciones económicas con los países africanos, sobre la base principalmente del multilateralismo. En el caso de los EEUU, si bien tanto en el periodo de la Guerra Fría como posteriormente se primó un marco de relaciones *vis à vis* entre gobiernos, más recientemente se han lanzado iniciativas más generales para el conjunto del continente. Nos referimos a la ya mencionada AGOA, o a la pretensión de formar un Área de Libre Comercio entre EEUU y el grupo regional SACU (*Southern African Customs Union*), formada por Sudáfrica, Botswana, Namibia, Suazilandia y Lesoto, cuyo proyecto se encuentra en la actualidad en fase de negociación.

Por lo que respecta al caso de la Unión Europea, una vez agotado el plazo de vigencia de las diferentes Convenciones de Lomé (I, II, III y IV) que históricamente han regulado las relaciones entre las antiguas metrópolis europeas y sus correspondientes excolonias en los países ACP (África, Caribe y Pacífico) a partir de un marco de relaciones multilaterales, recientemente se ha abierto una nueva fase mediante la firma del Acuerdo de Cotonú. Éste, concebido como “acuerdo para acordar”, se ha convertido en el nuevo marco referencial de las relaciones económicas y de cooperación entre los países del África Subsahariana y los de la UE, dando paso al actual proceso de negociación de las denominadas EPA (*Economic Partnership Agreements*) entre los países europeos y diversos grupos regionales africanos sobre la base de la reciprocidad comercial, es decir, la creación de áreas de libre comercio, junto con un amplio ámbito de relaciones de cooperación al desarrollo.

Otro marco de relaciones multilaterales entre los países africanos y la comunidad donante es el configurado en torno al NEPAD, bautizado periodísticamente como “Plan Marshall para África”. Si bien surge por iniciativa de los gobiernos de algunos países africanos, con el liderazgo del gobierno de Mbeki, ha recibido la bendición del conjunto de la comunidad donante, tanto bilateral como multilateral, incluido el de los países del G-8, cuyo apoyo fue explícitamente buscado por algunos líderes africanos desde el lanzamiento de esta iniciativa.

Por el contrario, y como ya se ha comentado anteriormente, la estrategia del gobierno de Beijing obedecer en principio a un planteamiento mucho más simple, que prioriza la seguridad energética y la obtención de aquellas materias primas necesarias para satisfacer las necesidades del rápido proceso de industrialización de su economía a medio y largo plazo. Este parece constituir el móvil principal del gobierno chino a la hora de tomar posiciones en África, más allá de declaraciones generalistas de apoyo a las líneas prioritarias del NEPAD en diversas cumbres y forums chino-africanos. En este sentido, no debe sorprender que su pragmatismo le lleve a concretar relaciones económicas y diplomáticas

preferenciales con aquellos países africanos, dispersos por la geografía del continente, que mejor se adecuan a sus necesidades, y no con todos en conjunto ni con grupos previamente formados o consolidados a nivel regional²⁰.

Intentando compensar esta evidencia, en los últimos años las autoridades chinas se han esforzado por lanzar otro tipo de iniciativas con una perspectiva supuestamente más amplia para el grueso de los países africanos, como las becas de estudios ofrecidas a la mayor parte de los países del continente, los programas de formación para africanos en China, la asistencia técnica de unos 600 profesores y 15.000 doctores a lo largo y ancho de la región, un programa de exención arancelaria para 25 países del África Subsahariana cubriendo un total de 190 productos, un programa de alivio de la deuda para 31 países africanos, o el envío de 1.500 tropas a diversos países en situación de conflicto en labores de mantenimiento de la paz. Aún así, pese a la retórica oficial de apoyo al multilateralismo y a programas para el conjunto del continente, cabe preguntarse hasta qué punto muchas de ellos no suponen sino la mera acumulación de diferentes iniciativas planteadas bilateralmente con cada uno de los gobiernos correspondientes²¹ (Naidu, 2007; Kaplinsky et ál., 2006; Alden, 2005).

Lo cierto es que la emergencia e intensidad de las relaciones de China con los países africanos parece obedecer a una estrategia unidireccional, coherente, bien diseñada, y con perspectiva en el medio y largo plazo, en la que el gobierno de Beijing es quien lleva toda la iniciativa. Ello contrasta con la ausencia de estrategia oficial alguna por parte del conjunto de los países del continente africano -o de agrupaciones de algunos de ellos- de cara a la aceleración e intensificación de relaciones económicas y políticas con el gigante asiático. En este sentido, la forma descoordinada e inconexa con la que los gobiernos africanos priorizados por Beijing parecen estar enfrentándose a estas relaciones económicas y políticas, de forma bilateral, deja muchos interrogantes sobre la mesa respecto a la magnitud del potencial beneficio mutuo que de ellas pueda derivarse, o a la forma desproporcionada en que pueda repercutir sobre unos países africanos frente a otros.

No cabe duda de que la consolidación de China como potencia económica y política emergente plantea un nuevo equilibrio de poderes a nivel internacional, para lo cual necesita socios económicos en materia de comercio e inversiones, así como socios políticos que le ayuden a consolidar nuevas alianzas en diversos foros internacionales, como el de las Naciones Unidas o el de la OMC, de tal forma que ello contribuya a contrapesar la hegemonía estadounidense actual. Para el logro de dicho fin, no parecería descabellado

²⁰ Además de en el plano comercial, otra muestra de esta dinámica puede observarse en el caso de las inversiones. En el año 2005 China se encontraba en el segundo puesto en el ranking mundial de países con mayor número de tratados bilaterales de inversiones, con un total de 117, de los cuales 28 correspondían a países africanos (UNCTAD/UNDP, 2007).

²¹ Diversas informaciones periodísticas permiten contabilizar la existencia en la actualidad de 28 acuerdos bilaterales de protección de las inversiones chinas, 27 acuerdos marco sobre préstamos preferenciales, o acuerdos de cooperación con 31 cámaras de comercio en 20 países africanos.

que en el futuro Beijing caminará hacia modelos de relaciones más sofisticados y multilaterales, en la línea de los puestos en marcha por los gobiernos de la mayor parte de las potencias industrializadas del Norte en una carrera por ampliar sus correspondientes áreas de influencia y evitar la consolidación de las de las otras potencias competidoras.

Sin embargo, en esta fase inicial de inserción acelerada en el continente africano, el gobierno chino, aceptando una cuota de riesgo que las potencias occidentales no estaban dispuestas a asumir, ha preferido optar por acercarse a diversos gobiernos marginados por aquellas a partir de un marco de relaciones mayormente bilaterales. De este modo, dejando a un lado las diferentes etiquetas de dichos gobiernos, en su condición de “corruptos, antidemocráticos, inestables o irrespetuosos con los derechos humanos”, y a sabiendas de que su apoyo económico y sus contratos comerciales o de inversiones serían recibidos con los brazos abiertos por éstos, la simpleza de la estrategia bilateral de Beijing le ha permitido tomar posiciones privilegiadas, no sólo a nivel económico, sino también diplomático, en el continente africano, el cual, hasta muy recientemente, había estado lejos, tanto de su área de influencia natural, como de sus prioridades en el exterior.

6. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

El fuerte incremento experimentado por las relaciones económicas entre China y los países de África durante los últimos años, ha reavivado el debate, tanto sobre las potencialidades de la llamada cooperación Sur-Sur, como sobre la caracterización de las propias relaciones chino-africanas.

Del análisis de dichas relaciones, lo primero que salta a la vista es el carácter profundamente asimétrico de las mismas, ya que responden en lo fundamental a un patrón determinado básicamente por los intereses y las necesidades del país asiático. Como ha quedado expuesto, la fuerte demanda china respecto de algunas materias primas, y la imposibilidad de satisfacerla en base a los propios recursos, está en la base del gran despliegue llevado a cabo por las autoridades y las empresas chinas en diferentes lugares del mundo y, muy especialmente, en África.

Como consecuencia de este fenómeno podría decirse que África vuelve a estar en el mapa de la geopolítica mundial, tras más de dos décadas de relativa marginación y olvido por parte de las principales potencias, más allá de las guerras libradas en algunos países por grupos diversos apoyados por algunas empresas transnacionales con intereses en explotaciones en el sector extractivo. Esta nueva emergencia de África puede tener efectos positivos sobre la región vinculados a la llegada de inversiones extranjeras o con al incremento de sus exportaciones, fenómenos ambos que se manifiestan en el caso de China. Todo ello puede también dar lugar a una dura pugna entre potencias externas por los recursos del continente –tal como ya ocurriera tiempo atrás–, en un contexto de crecimiento económico mundial y de escasez de algunas materias primas.

En el corto plazo, la fuerte alza registrada por los precios de las exportaciones de materias primas africanas –y especialmente por el petróleo– ha generado una gran expectativa sobre las consecuencias que pueda tener el incremento de aquellos, y concretamente, sobre la oportunidad que a este respecto presenta un mercado chino sumamente voraz. Además, no debe perderse de vista que la creciente demanda procedente de China es una de las causas de ese fuerte incremento de los precios internacionales de productos energéticos y minerales. Esa expectativa se une a la generada por la afluencia de inversiones a la región procedentes del país asiático, orientadas a asegurar la explotación y el suministro de los mencionados recursos, en el marco de lo que parece una estrategia de medio y largo plazo, en la que empresas chinas están dispuestas a asumir un componente de riesgo que otros inversores tradicionales en el continente no han querido enfrentar, en un entorno de menor competencia que la existente en otras partes del mundo. Todo ello plantea un escenario en el que el incremento de la fuerte dependencia de las exportaciones africanas respecto de algunas materias primas, se contrarresta con una mayor diversificación geográfica de las mismas, lo que no permite obtener conclusiones definitivas sobre el incremento o la disminución de la vulnerabilidad del modelo.

Los elevados precios de algunas materias primas, no deberían ocultar algunos riesgos vinculados a las exportaciones de las mismas, como son la posible apreciación del tipo de cambio y el aumento de la inflación, con la consiguiente potencial pérdida de competitividad en algunos casos. Por otro lado, y como ha ocurrido en otras ocasiones dentro de lo que fue denominada la “maldición de los recursos”, la inexistencia de estructuras de gobierno adecuadas en un contexto de aumento de los ingresos, puede atraer actividades de captación de rentas, e incrementar el grado de corrupción. Sea como fuere, el incremento de las relaciones chino africanas parece asegurar un importante crecimiento económico vinculado al sector de las materias primas, lo que afectaría especialmente a aquellos países productores y exportadores de éstos.

Por lo que se refiere a otros sectores diferentes de las materias primas, las consecuencias de corto plazo del fuerte impulso de las relaciones entre China y África pueden ser contradictorias. Así, en sectores como las telecomunicaciones, o el turismo, las inversiones chinas en algunos países africanos pueden traducirse en diversos grados de crecimiento económico y de creación de empleo. En cuanto a las manufacturas, la colisión entre los intereses chinos y los africanos ha comenzado ya a manifestarse en algunos subsectores como el de los textiles y el vestido, en el que la competencia de las empresas chinas, una vez extinto el AMF, puede arruinar los esfuerzos de industrialización de algunos países africanos. En materia de infraestructuras, sin duda, es necesario un modelo más sensible a la generación de empleo local, a la transferencia tecnológica y a la creación de sinergias positivas sobre los productores africanos. En otros casos, es posible que dichos países puedan ser

considerados como interesantes ámbitos de inversión para algunas empresas chinas, caso de algunas agroindustrias.

Relacionado con las manufacturas, y más concretamente con la competencia china en este sector, es importante reseñar el impacto que la misma puede tener sobre un país como Sudáfrica, con aspiraciones de jugar un papel hegemónico en la región como principal proveedor de productos manufacturados, y como importante inversor en otros países limítrofes. Este aspecto de la cuestión está sin duda detrás del creciente recelo que algunos sectores económicos y políticos sudafricanos comienzan a mostrar ante la pujante presencia china en el continente.

Lo mencionado hasta el momento, plantea la importante cuestión del diferente impacto de las relaciones chino-africanas sobre el conjunto de los países de la región. Los datos existentes confirman más bien la tendencia a una fuerte concentración de las inversiones chinas –y de las importaciones procedentes de África– en un reducido número de países, lo que no es óbice para que el despliegue económico de China en el continente, se exprese, de una u otra forma, en muchos otros países africanos. Podría decirse a este respecto que la presencia china –a través de inversiones o de proyectos financiados en base a la AOD– en la mayoría de los países de la región, es funcional a la concentración de dicha presencia en aquellos en los que China tiene mayores intereses, sirviendo, al mismo tiempo, para mantener viva la idea de una cooperación global del país asiático con el continente africano.

Finalmente, el fuerte despliegue chino en África no parece que, al menos a corto plazo, vaya a suponer una mejora para los países de la región en lo que se refiere al fortalecimiento de instituciones democráticas y representativas, y el respeto a los derechos humanos. Más bien al contrario, los líderes chinos parecen decididos a ignorar las críticas que, tanto desde algunos sectores de la sociedad civil y de los intelectuales africanos, como desde algunos gobiernos occidentales, se están planteando en esta materia. La nula exigencia del gobierno chino hacia los gobiernos africanos en lo tocante a estos temas es, por otra parte, perfectamente coherente con la política seguida en el interior de su propio país. Así, en el corto plazo, el fuerte impulso registrado por las relaciones chino-africanas durante la última década, puede traducirse tal vez no en el deterioro, pero sí en la perpetuación de las condiciones de fuerte explotación, ausencia de libertades políticas y violación de los derechos humanos que sufre gran parte de la población en muchos países de la región.

De acuerdo a todo lo señalado, y con los datos existentes en este momento, cabría deducir que el modelo de relaciones chino-africanas que está surgiendo, más allá de la retórica desplegada en favor de la equidad de las relaciones Sur-Sur, reproduce en buena medida muchos de los rasgos propios del modelo Centro-Periferia que caracterizaron las relaciones económicas internacionales hace algunas décadas: un patrón comercial asimétrico, basado en el intercambio de materias primas por productos manufacturados; unas inversiones centradas en los sectores prioritarios para los países de origen de las mismas; un apoyo

escasamente disimulado a gobiernos corruptos y poco sensibles a las libertades civiles y los derechos humanos, siempre que los mismos aseguren la defensa de los intereses de la potencia extranjera; y una apuesta decidida por el bilateralismo frente a las estrategias multilaterales y a los proyectos de integración económica regional o continental. Es decir, un modelo de relaciones fuertemente limitado para avanzar por la senda del desarrollo.

Ahora bien, junto a dicha constatación es preciso reconocer la existencia de algunos aspectos en el modelo de relación emergente entre China y África que resultan novedosos respecto del tradicional modelo Centro-Periferia, y que podrían modificar el pronóstico sobre el impacto futuro de dicha relación. Y es que, a diferencia de lo que ha sido el comportamiento tradicional de gobiernos y empresas extranjeras en la explotación y comercialización de los recursos de muchos países en desarrollo, la lógica del despliegue chino en África parece formar parte de una estrategia de medio y largo plazo, que incluye aspectos tales como la inversión en infraestructuras o la formación de recursos humanos. Todo ello adquiere mayor relevancia si se tienen en cuenta las propias características del modelo chino, en el que el papel de los distintos agentes y los objetivos de las empresas se inscriben en una estricta planificación en la que se entremezclan aspectos económicos, políticos y geoestratégicos.

Por otra parte, el fuerte impulso dado por las autoridades chinas a sus relaciones con los países africanos deberá enfrentarse, con toda probabilidad, a otras tendencias presentes en el continente, lo que puede afectar a la evolución futura del modelo de relaciones con los países africanos. Debe tenerse en cuenta a este respecto el auge experimentado en los últimos años por los procesos de integración llevados a cabo en África –tanto en ámbitos subregionales como en el continental–, lo que puede incidir en el diseño de estrategias de negociación con países externos a la región basadas en planteamientos de carácter multilateral, que otorguen un mayor margen de maniobra a los países africanos. Otro aspecto relacionado con el tema es el relativo al futuro papel de Sudáfrica en donde, como ya ha quedado apuntado, comienzan a oírse voces de preocupación sobre el peso creciente de China en la región, que podría perjudicar sus aspiraciones hegemónicas en la zona. De ahí que el porvenir de las relaciones chino-africanas, y el del modelo que vayan adoptando, pueda verse condicionado y/o matizado por la capacidad del gobierno sudafricano de promover escenarios de negociación más favorables a sus propios intereses.

Lo anterior puede verse a su vez influenciado por la manera en que los temas relativos a la gobernanza, a la defensa de los derechos humanos y a la participación de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones evolucionen dentro de la agenda política internacional y, más específicamente, en lo tocante a las relaciones de EEUU y la UE con los países africanos. Ello dependerá también de la capacidad de algunos gobiernos africanos de apropiarse de dichos temas, y de liderar en las instituciones regionales

y continentales correspondientes la idea de acabar con una lógica basada exclusivamente en el “*business is business*”, poniendo de manifiesto la necesidad de otro modelo que armonice mejor el crecimiento económico con el desarrollo humano y la sostenibilidad.

No podemos tampoco olvidar la existencia de diversas variables, características de la actual globalización, que pueden operar sobre el modelo de relaciones entre China y África en una dirección parcialmente distinta a la que siguió el tradicional modelo Centro-Periferia hace unas décadas. En concreto, la liberalización del movimiento internacional de capitales y las nuevas oportunidades abiertas para la inversión, inciden de manera diferente a como lo hicieron en el pasado en la conformación de las estrategias empresariales en unos y otros sectores, dando como resultado una cambiante geografía de la producción. De ahí que sea razonable imaginar a futuro procesos de deslocalización hacia países africanos de algunos tipos de producción industrial, en la medida en que en los mismos mejoren las infraestructuras, se incremente la formación y la cualificación profesional, y aumente la estabilidad social y política, asuntos que, en el corto plazo, podrían verse influidos positivamente por el despliegue chino en la región.

En definitiva, en función de los argumentos expuestos, y dado el carácter incipiente del impulso de las relaciones económicas chino-africanas, resulta difícil aventurar la manera concreta en que el actual despliegue chino en el continente africano pueda afectar al futuro del desarrollo humano en la región. El crecimiento económico en el corto plazo, especialmente visible en algunos países, podría responder a un esquema fuertemente dependiente de los precios de exportación de algunas materias primas que, en ausencia de otros elementos, limitaría sustancialmente el impacto positivo del mismo sobre los procesos de desarrollo en África. Estaríamos así ante una reedición del tradicional modelo Centro-Periferia, bajo una retórica de cooperación Sur-Sur. Ahora bien, las nuevas condiciones de la economía mundial, así como las características particulares del modelo chino –incluyendo su sector exterior– pueden también favorecer un escenario en el que los aspectos más negativos se atenúen y la vulnerabilidad de los países africanos vaya disminuyendo, dando lugar a una mayor diversificación de sus economías, una inserción más favorable en los mercados mundiales y una distribución más equitativa de las rentas generadas, más allá del ámbito reducido de las elites económicas y políticas africanas. Un escenario en suma en el que los cambios cuantitativos del presente –expresados en términos de crecimiento– puedan transformarse en cambios estructurales en el futuro, traducidos en mayores niveles de desarrollo humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alden, C. y Davies, M. (2006): "A Profile of the Operations of Chinese Multinationals in Africa", *South African Journal of International Affairs*, 13(1). Disponible online en: www.ccs.org.za
- Alden, C. (2005): "China in Africa", *Survival*, 47(3). Disponible online en: The International Institute for Strategic Studies (IISS). www.iiss.org
- Broadman, H. (2006): *Africa's Silk Road : China and India's New Economic Frontier*, Banco Mundial, Washington.
- Bustelo, P. (2005): *China y la geopolítica del petróleo en Asia-Pacífico*, Documento de Trabajo n° 38, Real Instituto Elcano, Madrid.
- Corkin, L. (2006): "Chinese Multinational Corporations in Africa", *Inside*, 3/4, Africa Institute of South Africa (AISA). www.ccs.org.za
- Davies, P. (2007): *China and the End of Poverty in Africa: Towards Mutual Benefit?*, Diakonia/EURODAD. www.diakonia.se
- Fernández, A.C. y Pérez, P.(2006)): "Integración comercial y crecimiento económico en el África Subsahariana 1970-2003", en *Boletín ICE* n° 2873, Madrid.
- FMI (2005): *Direction of Trade Statistics Yearbook*, Fondo Monetario Internacional, Washington D.C.
- Fues, T. et ál. (2006): *China's Africa Policy: Opportunity and Challenge for European Development Cooperation*, DIE Briefing Paper 4/2006, German Development Institute, Bonn. www.die-gdi.de
- García, C. (2006): *La política africana de Pekín: ¿oportunidad o amenaza?*, Análisis del Real Instituto (ARI), n° 27, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, Madrid.
- Goldstein, A.; Pinaud; N., Reisen, y Chen, X. (2006): *The Rise of China and India: What's in It for Africa*, Estudio del Centro de Desarrollo de la OCDE, París.
- <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/politics/Shelton.rtf>
- Jenkins, R. y Edwards, C. (2006): "The Asian Drivers in Sub-Saharan Africa", en Kaplinsky, R. (ed.): *Asian Drivers: Opportunities and Threats*, IDS Bulletin, 37(1), Institute of Development Studies, Sussex.
- Jiang, W. (2006): "China's Booming Energy Relations with Africa", *China Brief*, VI, (13), The Jamestown Foundation. www.jamestown.org
- Kaplinsky, R. et ál. (2006): *The impact of China on Sub-Saharan Africa*, Documento de trabajo de DFID China Office. Disponible online en: www.ids.ac.uk/ids/global/AsianDriverpdfs/DFIDAgendaPaper06.pdf
- King, K. (2006): *Aid within the Wider China-Africa Partnership: A View from the Beijing Summit*. China-Africa Links Workshop, 11-12 nov. 2006, Centre on China's Transnational Relations. www.cctr.ust.hk

- Melber, H. (2007): "The (Not So) New Kid on the Block: China and the Scramble for Africa's Resources: An Introductory Review", *China in Africa*, Current African Issues, 33, Nordiska Afrikainstitutet, Uppsuala. www.nai.uu.se
- Naidu, S. (2007): "China-African Relations in the 21st Century: A Win-Win Relationship", *China in Africa*, Current African Issues, 33, Nordiska Afrikainstitutet, Uppsuala. www.nai.uu.se
- Naidu, S. y Davies, M. (2006): "China Fuels Its Future with Africa's Riches", *South African Journal of International Affairs*, 13(2). www.ccs.org.za
- Naidu, S. (2005): "South Africa's Relations with the Republic of China: Mutual Opportunities or Hidden Threats?", en Buhlungu, S. et ál.: *State of the Nation: South Africa 2005-06*, HSRC Press, Human Sciences Research Council, Cape Town (South Africa). www.hsrcpress.ac.za
- OIT-ILO (2005): *Promoting Fair Globalization in Textiles and Clothing in a Post-MFA Environment*, Report for discussion at the Tripartite Meeting on Promoting Fair Globalization in Textiles and Clothing in a Post-MFA Environment, Ginebra.
www.ilo.org/public/english/dialogue/sector/techmeet/tmtc-pmfa05
- OMC (2006a): *Informe sobre el Comercio Mundial 2006*, Ginebra.
- OMC (2006b): *Estadísticas del comercio internacional 2006*, Ginebra.
- Oya, C. (2007): "China en África: ¿oportunidad o amenaza?", *Claves de la Economía Mundial 2007*, ICEX-ICEI, Madrid.
- Rios, J. (2006): *La apuesta africana de China*, FRIDE, Madrid. www.fride.org
- Sandrey, R. (2006): "The African Merchandise Trading Relationship with Africa", *Inside*, 3/4, Africa Institute of South Africa (AISA). www.ccs.org.za
- Santiso, J. (2006): "¿Realismo mágico? China e India en América Latina y África", *Economía Exterior*, 38, Madrid.
- Servant, J-C. (2005): "China a la conquista del mercado africano", *Le Monde Diplomatique*, mayo. www.monde-diplomatique.es
- Shelton, G. (2005): "China, Africa and South Africa Advancing South-South Cooperation", en Boron, A. y Lechini, G.: *Politics and social movements in an hegemonic world. Lessons from Africa, Asia and Latin America*, CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires (Argentina).
- Taylor, I. (2007): "Unpacking China's Resource Diplomacy in Africa", *China in Africa*, Current African Issues, 33, Nordiska Afrikainstitutet, Uppsuala. www.nai.uu.se
- Taylor, I. (2006): *Unpacking China's Resource Diplomacy in Africa*, CCTR Working Paper No.19, Centre on China's Transnational Relations. www.cctr.ust.hk
- Tjonneland, E.N. et ál. (2006): *China in Africa. Implications for Norwegian Foreign and Development Policies*, CMI Report, Chr. Michelsen Institute, Bergen.

UNCTAD/UNDP (2007): *Asian Foreign Direct Investment in Africa. Towards a New Era of Cooperation among Developing Countries*, Nueva York y Ginebra. www.unctad.org

UNCTAD (2006a): *World Investment Report 2006*, Ginebra.

UNCTAD (2006b): *Meeting trade and development challenges in an era of high and volatile energy prices: Oil and gas in LDCs and African countries*, UNCTAD Secretariat, Ginebra.

Wenping, H. (2006): *Moving forward with the Time: The Evolution of China's African Policy*, China-Africa Links Workshop, 11-12 Nov. 2006, Centre on China's Transnational Relations. www.cctr.ust.hk